

ofreciendo Alfonso Reyes parece que asistimos al desfile de imágenes truncadas y fragmentarias, de ensueño. Apariciones súbitas y flotantes, siluetas inacabadas, relámpagos de sucesos lejanos, dan a estos cuadros una apariencia extraña y sorprendente.

Hay tantos conatos de escuelas y procedimientos nuevos en literatura, que ante el caso concreto, no sabemos a punto fijo lo que es futurismo y lo que es descarrío. Citemos entre los cuentos de *El plano oblicuo: La cena* (manera de un Hoffman moderno), *En las Repúblicas del Soconusco*, y el diálogo de Aquiles y Elena, de fino sabor erudito.

El cazador es una colección de breves estudios literarios y de escritos de los que en el lenguaje periodístico corriente llamamos crónicas: comentarios ágiles de la actualidad que desfila por delante del observador. *Ensayos y divagaciones* los llama el autor y la distinción está en su punto, pues los ensayos tratan de cuestiones literarias inactuales o menos actuales y las divagaciones o crónicas, siguen el paso del suceso o la figura del día. Un lindo modelo de este género es la *Oda a los modelos de la Maison de France*, madrigal en prosa, así como la *Lamentación a la muerte de Otfried Muller*, es una elegante elegía de un aficionado al helenismo o de un aprendiz de helenista, que dijo don Juan Valera.

Se manifiesta en todos estos libros Alfonso Reyes como escritor de muy dilatada y selecta erudición en letras antiguas y modernas, de delicado gusto y de expresión suelta y original. Quizás tiende demasiado al preciosismo y aun cae a veces en el rebuscamiento. Pero no sin riesgo se ha conversado mucho con la sombra de Góngora.

ANDRENIO. *

La Epoca,
3 de Dic. 1921.

* E. Gómez de Baquero.

ALFONSO REYES

LOS viejos géneros literarios se han modificado de tal modo que es difícil establecerlos categóricamente sugiriendo, al mismo tiempo, su verdadero contenido. Al artista antiguo que, dentro de su inmenso poema épico, escribía cantos líricos, principios de filosofía moral, páginas de literatura política, comentarios sobre la historia de su tiempo y hasta un poco de crítica literaria, ha venido a substituirse el artista moderno, que trata todos esos asuntos, sin escribir el inmenso poema épico. Una multiplicación de los géneros es, acaso, la característica de la literatura contemporánea.

La labor de la crítica y del comentario, la especialización profesional del escritor, la difusión de la cultura y el carácter mismo de la vida moderna, van haciendo cada vez más frecuente el tipo del artista literario en quien el sentido estético está moderado por un vigoroso espíritu crítico. Este tipo, cuyo principio y muestra superior es Goethe, abunda en nuestro tiempo. Escribirá crítica, ensayos, poesía, novelas, algún drama y acaso un volumen sobre organización social, o podrá no ser su obra tan variada, pero sentirá, fatalmente, que no ha nacido dentro de ningún género determinado. Por su noble curiosidad este nuevo hombre de letras es un humanista, con la diferencia que va de lo heroico a lo discreto, del tratado al artículo.

En nuestra América, don Andrés Bello es el último representante del humanismo, y el nombre de José Enrique Rodó inaugura la lista de los literatos modernos. Rodó, si no toca una escala de géneros, revela su amplio espíritu en libros inclasificables, abiertos sobre perspectivas indefinidas. Después de él vienen Leopoldo Lugones y Manuel Díaz Rodríguez. En los críticos hispanoamericanos de hoy es frecuente ese nuevo espíritu, ese equilibrio entre el poder de juzgar y el sentido estético, esa seria cultura, esa noble curiosidad. Así en Pedro Henríquez Ureña, que sabe de filosofía moderna y de literaturas europeas y americanas, que resuelve problemas

de erudición española y realiza, en *El Nacimiento de Dionisos*, una obra de serena belleza. Su estilo, de graves tonos, sólo aspira a traducir fielmente su pensamiento, y tiene la claridad y la severa elegancia de lo que realiza su fin en la justa medida. Así en Francisco García Calderón, que comenta sutilmente las enseñanzas de los filósofos, las obras de los artistas y la historia contemporánea; así en Ventura, cuya obra numerosa comprende desde la crónica alada —en la cual siempre logra decir algo extraordinario— hasta la historia literaria americana, la poesía y la novela. Este es el hombre de letras que vive en París, lleno de deseos de estrujar la vida, ferviente amante de todo lo que pasa. Epicúreo y genial. En su estilo brillante cada adjetivo es una invención. Gonzalo Zaldumbide no ha realizado, que yo sepa, ninguna obra fuera de la crítica literaria; es, sin embargo, un delicado temperamento estético que pronto habrá de revelarse. Su crítica es de una extraordinaria sagacidad, y su prosa tiene tranquilas armonías, puntualidad estricta, madura elegancia. Su magnífico libro sobre Rodó vino a fijar las limitaciones de la obra del maestro uruguayo en la forma noble, decorosa, que éste merecía de sus censores. Pero no sólo ellos encarnan ese nuevo espíritu a que me he referido; otros hay, entre los que se deben citar en primer término a Armando Donoso en Chile, a Max Henríquez Ureña en Santo Domingo, a José María Chacón y Calvo en Cuba...

Pero confieso que, para mí, es Alfonso Reyes quien representa en América, genuinamente, este espíritu del hombre de letras moderno a que me he referido.

Temperamento.— Es un temperamento literario de prodigiosa sensibilidad. En él provocan al escritor lo mismo esas ocasiones solemnes y esas oportunidades claras que se ofrecen a todos, que los reflejos instantáneos y los guiños ocultos de la vida y del espíritu. Así, ha logrado expresar situaciones cuya realidad se confunde con los sueños olvidados ("La Cena" y "La Entrevista" en *El Plano Oblicuo*), momentos irreversibles de autobiografía espiritual que, si tratáis de fijarlos, mudan de calidad (algunos de los "Manuscritos..." en *El Cazador*). Su actitud inveterada y natural es la actitud de

escritor, y ¡qué bien sabe que al *Werther* que nos libra del mundo hay que agregarle páginas todos los días!

Su sensible temperamento se resuelve, cuando trata de apreciar la belleza y la obra de arte, en un gusto universal, en una simpatía estética que muchas veces alcanza un grado intenso, lírico. Por esto ha podido admirar en su canto, y ser en la crítica una voz entusiasmada.

Inteligencia.— Pero —me decía un culto portugués en Nueva York— Alfonso Reyes es sobre todo inteligente. Es verdad. En él la inteligencia es un instrumento perfecto, educado a maravilla. No hay página suya donde no se la advierta, y él la cultiva más como padre cariñoso que como dómine estricto, sin querer entregarla a cuadros académicos. Tres fases se me ocurre fijarle a la inteligencia en la obra de Alfonso Reyes: el plano oblicuo, la ideología y el esclarecimiento.

Planos tiene la inteligencia llenos de reflejos de espanto y de sonrisas de arlequines, en donde, como en el aire, se camina en todas direcciones, sin labrar caminos, sin dejar huellas; laberintos de pesadilla, noches de Walpurgis mixtas, palpitante delirio de darse en conceptos inexplicables, de volar con un ala y de mirar con la curva de la ceja. Entre estos planos está el plano oblicuo, representado en la obra de Alfonso Reyes por unos cuantos artículos fosforescentes. A él se asoma nuestro autor muy de tarde en tarde, sabiendo que cae sobre los dominios de la sombra.

La ideología es ya una función más clara de la inteligencia. Consiste en asociar y disociar conceptos. Literariamente es una de las conquistas del estilo, y se reduce al arte de soldar ideas, contraponerlas y discutir las de un modo sintético y con cierto *virtuosismo*. Las ideas se disponen en simétricos juegos, en complicados arabescos, sin otro fin, muchas veces, que poner de manifiesto su plasticidad y obediencia. Esta segunda faz tiene ya un papel más importante en la obra de Alfonso Reyes. En todos sus libros, desde *Cuestiones Estéticas* (1911) hasta las series de *Simpatías y Diferencias*

(1921), hay siempre unas cuantas páginas destinadas a complacer el afán moderno, casi vicioso, del ideólogo. En este terreno es un buen discípulo de Rémy de Gourmont. Este comprendió —a diferencia de Chesterton— que el malabarismo de las ideas también está sujeto a las leyes de la proporción y a las reglas de la cortesía.

Pero es la inteligencia *esclarecedora* lo que distingue principalmente la obra de Alfonso Reyes. Ilumina los asuntos tratados con la irresistible y plena claridad solar; su proceso es natural y parece desarrollarse sin esfuerzo. Como el juego del *sportsman* consumado, procura llegar al fin propuesto sin alardes, sin despilfarro, con sabia economía y estricto orden. El chispazo que fustiga la sombra del *plano oblicuo* (afición del 1910), la melodía sin fin de las ideas (tendencia de 1915) han quedado atrás: ahora nuestro autor quiere trabajar en la cumbre, a través de cuyo ambiente claro se ven las cosas sin deformaciones. Sus últimos escritos, reunidos en las series de *Simpatías y Diferencias* (1921 y 1922), son un ejemplo irrefutable de ello.

Estilo.— Su prosa principió (*Cuestiones Estéticas*, 1911) con cierto dejo arcaico, más por atenta lectura de los clásicos que por afán de casticismo. Su estilo tenía el compás largo, el aliento fogoso, el párrafo de desarrollo. Después, su curva se cerró oprimiendo al párrafo, que arrojó de sí frases entrecomadas y paréntesis, ganando en consistencia. El párrafo máximo de ocho líneas, la frase corta y la frecuencia del punto y seguido, perfeccionaron su estilo definitivamente. Es ahora agudo, flexible, de rara amenidad; a la vez puro y moderno, y un instrumento inmejorable para la expresión de su juicio y de su ingenio.

Cultura.— Es amplia y sólida. Está al tanto del desarrollo intelectual contemporáneo, sabe *sus clásicos*, conoce literaturas modernas y, como verdadero especialista, la historia literaria de España, sobre la que ha publicado eruditos estudios. Enrique Díez-Canedo lo señaló, no hace mucho, como el más preparado para escribir la monografía sobre Góngora que nos falta hace tanto tiempo. No ex-

hibe, sin embargo, mucha ciencia por no descomponer las líneas del estilo y por deferencia a sus lectores; en dos palabras recuerda la idea que hay que tener presente para el asunto tratado o da la referencia oportuna. Edward Mac Dowell decía que la música de Tchaikowsky “suena siempre mejor de lo que es”, y James Huneker agregaba que la de Brahms “es frecuentemente mejor de lo que suena”. En la cultura de los críticos literarios existen las dos categorías establecidas en los juicios anteriores. La de unos “suena frecuentemente más de lo que es”; la de los otros “siempre es más de lo que suena”. A esta última clase pertenece la de Alfonso Reyes.

Obra.—Es numerosa. Fue Alfonso Reyes un raro ejemplo de lo que llamaré precocidad romana, porque sus conquistas en las letras fueron definitivas; no se trataba de la escaramuza heroica que tanto se ve en América. Su laboriosidad es extraordinaria. Lleva publicados hasta hoy diez volúmenes originales: *Cuestiones Estéticas* (1911), *Retratos Reales e Imaginarios* (1920) y las tres series de *Simpatías y Diferencias* (1921 y 1922) son principalmente de crítica literaria; *Cartones de Madrid* (1917), *Visión de Anáhuac* (1917) y *El Plano Oblicuo* (1921) son fantasías, narraciones imaginarias y diálogos. *El Suicida* (1917) y *El Cazador* (1921) contienen ensayos y divagaciones. Ha publicado, además, algunos artículos sobre cuestiones de erudición y crítica en la *Revue Hispanique*, en la *Revista de Filología Española* y en el *Boletín de la Real Academia Española*, así como diversas ediciones críticas y populares con estudios y notas. Por fin, para que la bibliografía sea completa, agreguemos la traducción a español moderno del *Poema de Mío Cid* y las versiones del inglés de una obra de Sterne y de tres libros de Chesterton.

Antonio CASTRO LEAL.
Chile Magazine,
 Junio 1922, Santiago.
 (Reproducido en
México Moderno).

NOTE DI LETTERATURA SPAGNOLA
ALFONSO REYES

... Ecco Reyes. È un messicano degli ultimi comparsi a Madrid: non romanziere nè narratore, ma critico e, meglio ancora, scrittori di saggi: sul tipo de certi inglesi (Chesterton, Belloc), o, se volete, del nodstro Prezzolini quando scrive i suoi medaglioni tra di vita e di fantasia ("Studi e capricci sui mistici tedeschi —edit. La Voce—por interderci) o di Checci quando ci dà (nei "Pesci rossi", per es.) qualche tentativo lirico-impressionistico. Saggi tra il libro e la vita; riscaldati da un umorismo denso e calcolato, che si risolve e appiana del tutto nella sperienza stilistica.

Un giorno approdano al giornale, costoro; ma nos sono i più adatti, una volta entrate nell'agone, a tener desti i lettori. Quel poco che possono offrire di simpatia umana e letteraria, sembra che, fusi del piombo dei caratteri, si stemperi e diluisca e, isolati tra la cronaca e lo sport, perdono tutto il fascino di cui sono ricchi. Stano meno a disagio nella rivista; e soprattutto in quelli non destinate a molti lettori, che non figurano neppure nelle vetrine librarie. E poi nel libro; anche se di tiratura limitata, stampato in un umile tipografia, destinato a non camminare; perchè c'è sempre, e anche nei paesi più pigri, chi va in cerca di questi documenti morali d'una generazione: la quale se si migliora e si dirozza lo deve solo a costoro, pur così nascosti e disprezzati ed ignoti.

Anche Alfonso Reyes, come Cecchi e Prezzolini, comincia da critico: e anzi a dirittura da filologo. Le su prime fatiche sono di chiosa, di commento, di illuminazione sull'opera altrui. Góngora lo interessa più che ogni altro; e su Góngora egli pubblica nella *Revista de Filología Española* molti saggi e studi; e poi su Lope de Vega, su Calderón, su Alarcón, su Quevedo... Preparazione; assaggio di sè e delle proprie forze, ginnastica accademica e scientifica per sondarsi. E poi, ecco, i primi tentativi critici, le prime occhiate sul mondo letterario recente; le prime quetioni estetiche da

discutere... L'anima è ancora tarda, sebbene la mente già agile e avvivata; tarda ad affidarsi, tarda a credere, tarda ad ammirare... Sfido io! La Spagna celebre non si racomanda certo ne impone con molti capolavori: e chi s'è fatto sui classici, chi ha bevuto alle buone fonti è difficile che creda al romanzo moderno; il quale conta, è vero, un Galdós, un Valera, e soprattutto un Clarín, ma, ben più venduto e conclamato, un Felipe Trigo (qualcosa tra il Rovetta e lo Zuccoli; ma più questo che quello), o al teatro anche moderno: che si sdilinquisce in vecchi motivi sentimentali e chitarreschi...

D'altrone Reyes non è solo un critico; ma si sente, fin da giovane, nervi di costruttore e di creatore. E poichè la letteratura nelle sue forme e aspetti soliti non si confà al suo temperamento —che è osservativo, sì; chiosativo anche; ma soprattutto lirico éccolo tentare dei "cartoni" madrileni: pagine che hanno sì l'andatura del saggio, ma sola l'andatura; perchè la fantasia regge il fili della pagina e la riscalda; e quello che è suggerito e dato dalla realtà e dal libro passa prima attraverso lo staccio di una sensibilità ricchissima di linfa lirica, la quale smussa le crudezze della realtà stessa: e le anima di un soffio caldo di poesia... La prova, quatanque timida e senza soverchia risonanza, soddisfa lo scrittore; gli alimenta le energie; lo sospinge a sperienze anche più chiuse e difficili. Siamo al *Suicida*, un libro di saggi stampato durante la guerra, non ancora tra i più riusciti del Reyes, ma pieno di cose curiose e vive: nel quale si avvicendano saggi filosofici e saggi psicologici... Di vita comune, qualcuno; sociali in senso largo, altri; e taluno infine filosofico, ma di un tono così esasperatamente alto che la parola trema nel periodo come la strofe in un canto. L'umorismo trapela già di tra le righe; ora è sofferenza spenta in sorriso; ora è sorriso che si attenua e smorza in un interrogativo singhiozzato; ora è addirittura cachinno... Ma questo giovane che si fa domande così alte, che tenta di penetrare misteri così complessi, che rovista nella vita così aspramente e tenacemente, è una mente nobile e fervida, è qualcuno... Passano sì attraverso queste pagine pensieri e domande già svolte o sofferte da altri; ci si ricorda di Shopenhauer, di Nietzsche, di Weininger

magari; ma, come a chi attraversi in treno un bel paesaggio, le luci che scendono dall'alto; le quali aiutano a brillare ciò che ha già vita di per se stesso, che è... Reyes è passato, e si capisce, attraverso esperienze culturali numerosissime; conosce, ama, rie, labora; ma lo spirito conduttore e che comanda in questa fatica è ben visibile e chiaro... Libro pieno di interesse e di verità; per quanto, ripeto, non adatto a lettori comuni, nè alle moltitudini. E così l'altro, forse più originale ancora e squisito, *Il piano obliquo* — dove Reyes tenta anche più arditamente e modernamente il saggio alla maniera degli inglesi: con scenari di realtà, ma personaggi fantastici: o viceversa... Si parte con lui e l'andatura a un primo momento è normale, consueta. Poi s'accelera; si precipita nel fantastico, si sale nel metafisico, ci si equilibra in un abisso lirico, si perde la nozione della realtà nell'alone di una risata... Montagne russe, direi: se queste bizzarre cavalcate non fossero guidate da uno stilista consumato che sa dove vuole andare e come concludere... No, non è tutta dialettica, questa; perchè la sofferenza è sempre d'ordine superiore, e, anche quando l'armonia sembra spezzarsi, un pensiero alto la ricucisce, immediato: e l'equilibrio ritorna.

In *El Cazador* (Il Cacciatore) Reyes è più accessibile al lettore comune. Si sente in questo libro, per quanto organico, la mano leggera del giornalista: che vuol farsi capire da molti lettori e senza sforzo. Sono divagazioni anche queste; e anzi solo queste hanno il vero sapore della divagazione. Perchè il saggio è spiritualmente più complicato, ed anche stilisticamente. Preferiamo per questo le ultime pagine del libro: *I manoscritti dimenticati* — dove Reyes ritrova la sua personalità più energica, più ricca e saporosa.

E se qualcuno vuol conoscere un Reyes più semplice: quegli che s'è insomma fermato davanti al libro o alla vita senza eccessive rielaborazioni interiori, senza dense fatiche di conquista e di restituzione, almeno apparentemente, ricorra ai tre volumi (ma altri ne verranno più tardi) delle *Simpatie e differenze* dove, e sempre con la sua personalità dialettica e stilistica, Reyes ci rende edotti delle sue più recenti esperienze letterarie storiche morali e civili...

Qui la forma è anche più chiara; ma no, meglio: lucidissima. E' lo scrittore di mente agile che si pone di fronte ad un problema con l'attitudine di sceverarlo e scoprirlo... Problema o paesaggio o paradosso o concetto o fantasma: o quello che volete; perchè per Reyes non c'è differenza sostanziale tra un paesaggio o un paradosso o la personalità di un poeta... Sono tutti problemi da considerare, se non uguali, identici (almeno dal suo punto di vista) e però smontabili prima di tutto nei loro membri: e poi, guardatili e consideratili, dichiararli e ricostruirli. Dico il Reyes più semplice; ma me correggo: il Reyes più felice. Perchè quando la sua pagina diventa chiara e limpida, noi non sentiamo la fatica ch'egli ha durata; non il suo sforzo di rielaborare la sostanza di ciò che guarda e lo commuove; non la sua passione di ricostruire il dramma dialettico o umano che lo ha interessato... E i suoi interessi non sono minuti e non sono frivoli. Quello che il suo sguardo abbraccia ha sempre una fisionomia alta, o d'umanità o di poesia; cosicchè la sua fatica, anche se abbia un'apparenza sottomessa e socchiusa, in margine, e bene arte: e della più moderna e migliore.

Mario PUCCINI.

Aperusen Foligno, julio 1922.